

Trigésimo Primer Domingo del TO A2023

En el Evangelio de esta mañana, hay algunas declaraciones de nuestro Señor que requieren que conozcamos un poco más de la historia del antiguo Israel para entender el punto que está planteando. El Antiguo Israel era una sociedad teocrática, es decir, una sociedad que consideraba a Dios como la fuente de la que derivaba toda autoridad. En esta sociedad, la Ley de Moisés jugó un papel importante al regular la relación de los israelitas entre sí, su creencia en Dios y el funcionamiento de la sociedad en su conjunto.

La Ley de Moisés fue considerada como una expresión de la voluntad de Dios. En el imaginario colectivo del pueblo se creía que la Ley era la palabra que Dios mismo escribió con sus dedos y entregó a Moisés bajo forma de diez tablas. Obedecer la Ley, por tanto, era obedecer a Dios y, por tanto, mantener el buen funcionamiento de la sociedad.

Moisés fue el primer guardián de la Ley. A su muerte, pasó esta autoridad a Josué, quien a su vez pasó a los jueces, luego a los profetas y, de ellos, a los escribas y fariseos. Esta invocación nos ayuda comprender por qué Jesús dice que “en la cátedra de Moisés se han sentado escribas y fariseos”.

Sin embargo, esta apropiación de la sede de Moisés no estuvo exenta de problemas. En lugar de ayudar al pueblo a reconectarse con Dios y ajustar sus relaciones entre sí, los escribas y fariseos añadieron a la ley tantas ordenanzas y rituales que el pueblo quedó abrumado. Amontonaron sobre el pueblo muchas cargas de las que ellos mismos no eran capaces de llevar. Al final, todo fue pura hipocresía al enseñar la palabra de Dios sin ponerla en práctica. Es como un policía que acelera con su caro sin tener en cuenta la ley, pero pone multas a quienes hacen lo mismo.

Esta duplicidad es lo que nuestro Señor está denunciando. Los critica por no hacer ellos mismos lo que enseñan. Toda su acción está simplemente destinada a ser vista por la gente. Se dan a sí mismos títulos que van más allá de lo que realmente son. Seguramente lo que está en juego en la crítica de nuestro Señor no es el trabajo de los fariseos, sino su comportamiento, su falta de respeto a la Alianza con Dios y su hipócrita pretensión de virtud.

Cuando Moisés enseñaba, era en el nombre de Dios. Estaba dando a la gente el mensaje recibido de Dios. Los fariseos y los escribas, por el contrario, hablaban en su propio nombre y comunicaban a la gente los preceptos humanos.

El Evangelio de hoy nos advierte contra aquellas actitudes que destruyen nuestras relaciones con Dios y con nuestros semejantes. La primera actitud se refiere a la religión de la ostentación. La religión de la ostentación es aquella que se realiza con el fin de ser visto por la gente. Se preocupa principalmente por lo que la gente piensa de "mí". Mantiene una cara externa de pureza sin que el corazón esté entregado a Dios.

Una religión de ostentación se basa en palabras más que en obras. Una religión así se convierte en hipocresía. Seguramente la religión de la ostentación es un peligro permanente para cada uno de nosotros. Hay en cada uno de nosotros una tendencia a dar lecciones a los demás de las que nos damos a nosotros mismos, a enseñar lo que no practicamos. Al hacerlo, no estamos lejos de los escribas y fariseos.

Es por eso que existe no sólo el fariseo, sino también el “fariseísmo”. Esta es una actitud posterior que tiende a reproducir el modelo de conducta de los fariseos. Tenemos que examinar nuestra propia vida si no reproducimos este modelo en nuestra relación con Dios y con los demás.

Cuando nuestro Señor dice que hay que seguir las enseñanzas de los fariseos, lo hace con ironía, porque en verdad los está criticando continuamente. Sería anormal que nuestro Señor nos enseñara la inconsecuencia de los fariseos. Todos tenemos que darnos cuenta de que lo que decimos es secundario a la forma en que vivimos. Los hechos son más convincentes que las meras palabras.

Otra actitud es la inversión de la enseñanza. Aprendí por experiencia que hablar en público es un poder, aunque se trate de la palabra de Dios. Si no tenemos cuidado, es fácil volvernos orgullosos y narcisistas al olvidar que no lo hacemos para “mi gloria”, sino para la gloria de Dios. Es Dios quien tiene que ser alabado por lo que hago y no “yo”. Soy sólo un simple instrumento en las manos del Señor. Es él quien es el único maestro del trabajo que hacemos y sólo él debe ser glorificado.

Por eso nuestro Señor nos recuerda que tenemos un solo “Padre que está en los cielos” y un Maestro, “Cristo”. Lo que nuestro Señor dice aquí no significa que no podamos llamar más “maestros” a quienes nos enseñan o “padres” o “madres” a quienes nos han dado la vida.

Seguramente son maestros, padres, maestros, pero no con mayúscula. Estos títulos se derivan de Dios y dependen de él, que es el verdadero Maestro y el verdadero Padre de todos nosotros, incluidos los que nos enseñan y los que nos han dado la vida. Por lo tanto, si somos maestros o padres o madres, no es cosa nuestra; sino de la creación de Dios. La gloria de la enseñanza es suya y no nuestra. Ésta es la verdad que los escribas y fariseos habían olvidado.

Es por esta misma razón que Jesús dice: “Que el mayor de entre ustedes sea su servidor, porque el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”. En otras palabras, la verdadera grandeza no es la que se afirma a sí misma, sino la que surge de la forma en que servimos a nuestros hermanos y hermanas.

Oremos, entonces, para que Dios nos ayude a ponerlo en primer lugar en todo lo que hacemos. Pidámosle que nos dé el valor de predicar con nuestro ejemplo de vida más que con las simples palabras. Aprendamos de él lo que significa ser un buen padre o una buena madre y un buen maestro. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Malaquías 1: 14-2: 8-10; 1 Tesalonicenses 2: 7b-9, 13; Mateo 23: 1-12



Fecha de la Homilía: el 05 de Noviembre, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20231105homilia.pdf